

## EL GRAN PACOTILLAS

Juan HERNANDEZ LUNA

1. *Olvido de medio siglo.*—Demasiado conocido es Porfirio Parra en nuestro medio universitario como autor del *Nuevo sistema de lógica inductiva y deductiva*,<sup>1</sup> obra que sirvió como texto oficial en la Escuela Nacional Preparatoria y en casi todas las Universidades y colegios de Estado, desde 1903 hasta 1930. Algo menos conocido es como autor de *La ciencia en México*<sup>2</sup> y de *La sociología de la Reforma*; publicada la primera en 1902, apenas si hoy la conocen media docena de los intelectuales mejor enterados; redactada la segunda en 1906, permaneció olvidada hasta 1948, año en que Martín Luis Guzmán la reimprimió en su colección “El liberalismo mexicano en pensamiento y en acción”.<sup>3</sup> Pero como sí ya es desconocido el gran sistemático del positivismo mexicano, es como autor de la novela filosófica *Pacotillas*,<sup>4</sup> la única que publicó, por desgracia. Esta novela aparece en 1900 y apenas si es advertida por sus contemporáneos. Ya Salvador Álvarez, en una carta que escribe a Agustín Aragón, se asombra de la “criminal indiferencia” con que ha sido recibida por la crítica mexicana.<sup>5</sup> Y Carlos Pereyra se lamenta en un artículo de que el público que vive de las “crónicas de policía” y de la “literatura llamada modernista”, la haya recibido “con beocio desvío”.<sup>6</sup> A la indiferencia original, hay que añadir los cincuenta y un años de olvido que le llevamos consagrados. En efecto, revisando los manuales de historia de la literatura mexicana más conocidos, sorprende no encontrar, no ya un comentario, sino una simple mención de la novela.

Tampoco en colecciones recientes, como la de "Escritores mexicanos" y la "Biblioteca del estudiante", aparece incluida en sus programas de divulgación de obras mexicanas. Aun en el estudio sobre el positivismo mexicano de Leopoldo Zea, que pasa por ser el más completo, no se encuentra una sola referencia a esta novela.<sup>7</sup> Parece como si literatos e historiadores de la filosofía se hubieran puesto de acuerdo para silenciarla.

Esta indiferencia y olvido de medio siglo, sin embargo, no le han restado ninguno de los méritos con que su autor supo adornarla. Entre ellos tiene *Pacotillas* el de ser el documento que inicia el filosofar sobre el mexicano en nuestro siglo. El mexicano, que Porfirio Parra estudia en esta novela, no es un ente artificial forjado con los recursos que proporciona el arte de novelar, sino un hombre real, histórico, de carne y hueso. Es el mexicano que existió durante el período que va de la restauración de la República a la dictadura porfiriana.

2. *Pacotillas y el dilema de su época.*—La historia plantea a este mexicano un tremebundo dilema: el del "palo" y el del "pan",<sup>8</sup> el de la "libertad" y el "bienestar".<sup>9</sup> Uno de los extremos del dilema, el del palo o la libertad, había sido el ideal de vida nacional perseguido por la tradición revolucionaria representada por Hidalgo, Morelos y Juárez. Para esta tradición, ser mexicano significaba concebirse como ser libre. La libertad se identificaba con la mexicanidad. En la libertad estaba la "razón de ser" mexicana. Negar la libertad era tanto como renunciar al fundamento ontológico de la mexicanidad, era renunciar al propio ser de mexicano. El otro extremo del dilema, el del pan o del bienestar, era el nuevo ideal de vida propuesto por

el Porfiriato. Seguirlo, significaba renunciar a la libertad; significaba que el mexicano dejara de concebirse como un ser libre para definirse en adelante como un ser de bienestar. Quería decir sustituir la libertad, como fundamento ontológico de la mexicanidad, por el bienestar como fundamento ontológico de esa misma mexicanidad. La "razón de ser" de este mexicano dependía, pues, de la elección que hiciera en favor de uno de los términos del dilema: o un ideal de vida fundado en una "libertad sin bienestar" o un ideal de vida fundado en un "bienestar sin libertad"; o el ideal de vida señalado por la Independencia y la Reforma, o el ideal de vida propuesto por el Porfiriato.

En la época en que aparece la novela de Parra, la mayoría de los mexicanos se había decidido por el bienestar, adaptándose cómoda y fácilmente al medio de la dictadura. Sólo una minoría, muy pequeña, seguía manteniendo viva la llama de la libertad, apareciendo a los ojos de los demás como inadaptada.

Francisco Téllez, a quien sus compañeros de estudio apodaron Pacotillas,<sup>10</sup> junto con Amalia, su fiel compañera, y don Marcos, su gran benefactor, representan a la minoría fiel a la libertad.

El Chango, Patillitas, Santa-Anna, el general López, el periodista Hernández, el Ministro, el Gobernador, don Librado Flores, el Presidente de la Cámara de Diputados, el Agente del Ministerio Público, Mercedes la Tapatía, doña Guadalupe Peña y su hija Rosa, representan a la mayoría que se había decidido por el bienestar.

Pacotillas es el héroe central de la novela. Simboliza al mexicano por excelencia, al mexicano por antonomasia, al mexicano que ha hecho de la libertad el fundamento de su ser, la "razón de ser" de su vida. A través

de los treinta y cinco capítulos de la novela, Parra muestra cómo la libertad, ser o esencia de la mexicanidad de Pacotillas, no se corrompe en el ambiente envenenado de su época, antes bien, resiste, sin enturbiarse, al cohecho, al soborno, a la amenaza y al halago de generales, ministros, diputados, periodistas y políticos que viven entregados a la avidez del presupuesto público y que, a la sombra de la paz, no tienen escrúpulos en desencadenar sobre el país las más escandalosas especulaciones.

¿Qué caracteriza a un tipo de mexicano como Pacotillas, que concibe su ser como libertad y que por una especie de sino histórico nace y ha de vivir en una sociedad organizada bajo el signo del bienestar? Lo caracteriza el hecho de ser un inadaptado. Pacotillas lo es, porque concibiendo su ser como libertad, encuentra repugnante adaptarse a un medio social dominado por el bienestar. La inadaptación es una especie de estrategia ontológica que Pacotillas despliega para defender lo entrañable de su ser, la libertad, del peligro de ser corrompida en una sociedad que la ha desdeñado. Ser inadaptado significa aquí ser para la libertad y no ser para el bienestar. Este carácter del inadaptado se va revelando a través de una serie de oposiciones entre su libertad y el medio social en el que actúa, entre su ser y las diferentes circunstancias humanas que debe salvar. Mientras que los demás personajes de la novela, con excepción de Amalia y don Marcos, parecen tener un ser voluble, debido a la falta de libertad, que se adapta fácilmente a su medio social, el carácter de Pacotillas, siempre nutrido con la savia de la libertad, aparece con firmeza de roca y bien dispuesto a resistir la adaptación.

Ya desde su infancia, el ser de Pacotillas es concebi-

do como un ser para la libertad. Cuando tenía doce años, su padre, que se “preciaba de liberal y amigo de reformas”, y su maestro de gramática, que pasaba por un “convencido liberal”, están de acuerdo en que Pacotillas, el “niño prodigio”, debería “formarse para la democracia”, “prepararse para el progreso” y “educarse para la libertad” (p. 45); pero como la sociedad de León, Guanajuato, ciudad natal de Pacotillas, estaba “dominada por el fanatismo” y el “buitre sombrío del retroceso”, había que enviarlo a estudiar a México. Sin dificultad ingresa en la Escuela Nacional Preparatoria, en cuyas aulas vive durante cinco años, completamente consagrado a aprender las grandes verdades de la ciencia positiva, que él juzga como el mejor camino para conducir su ser a la democracia, el progreso y la libertad. Su amor a la ciencia era tal, que complacía en

contemplar el imponente conjunto de las doctrinas científicas. Sumergíanle en profundas meditaciones la multiplicidad y variedad infinita de los fenómenos naturales, enlazados, sin embargo, por invariables leyes, y llevando siempre el sello de pasmosa unidad. Los agentes físicos que a través del espacio impulsan y conmueven las colosales masas de los astros, la afinidad química que une y desune los cuerpos, la maravillosa escala de los seres vivos, que, comenzando por el microbio, tiene al hombre por remate: he aquí los únicos asuntos que juzgaba dignos de las inteligencias serias; observar, estudiar, escudriñar constantemente esa naturaleza de que procedemos, y con la que nos ligan miríadas de invisibles hilos, le parecía el objeto más noble y levantado a que las facultades pueden consagrarse (p. 55).

Con este amor a la ciencia sale de la Preparatoria. Creyendo tener vocación para médico, ingresa a la Facultad de Medicina. Tiene apenas diez y ocho años y todavía lo siguen alentando los mismos ideales que su padre y su maestro de gramática le señalaron al enviarlo por primera vez a México. Hasta este momento no ha hecho sino prepararse para la libertad, esto es, vivir

conforme a uno de los extremos del dilema de su tiempo. El otro extremo, el del bienestar, no ha sido todavía advertido, ni siquiera sospecha su existencia, ya que su padre, honrado y acaudalado comerciante, ha tenido el cuidado de que nada le falte. Contando con un progenitor que hasta ahora ha atendido a su bienestar con manos llenas, el cultivo de la libertad ha sido para él asunto fácil. Todavía su vida no se encuentra ante el dilema de tener que optar por alguno de los dos extremos. Al fin la catástrofe llega. Ese mismo año su padre muere dejándolo solo y sin haber puesto en orden sus negocios. Para colmo de desgracias, se le hace creer que dichos negocios estaban embrollados. Despiadados acreedores concursan la sucesión, y el infeliz Pacotillas, que poco antes se creía rico y feliz, se encuentra con que ahora nada posee. Su situación se agrava cuando su tutor, un diputado amigo de su padre, acaba su período y regresa a León. Así queda colocado de repente en el torbellino de la sociedad, sin hogar, sin afectos y sin recursos. Un amigo de aulas acude a su desamparo, llevándose a vivir a su cuarto de estudiante. Pasado cierto tiempo se proporciona algunos recursos dando lecciones particulares. De esta manera conjura por lo pronto la miseria y el abandono. Casi al mismo tiempo descubre a Amalia, quien había de ser su fiel compañera. Se enamora de ella con sólo verla dos veces en la Plaza de Armas. La conoce a los tres meses de que Amalia había perdido a su padre; poco después muere su hermanita y en seguida su madre, quedándose sola en el mundo. Pacotillas le brinda su generoso corazón y, desde entonces, el infortunio une para siempre a los dos huérfanos. Todos estos contratiempos le han venido a revelar el otro extremo del dilema: el del pan o bienestar. Su vida tendrá que transcurrir entre la te-

a flechar una millonaria, que haga resaltar su título de médico entre lujos y riquezas. Santa-Anna anhela recibirse y hacerse de una clientela que le permita enriquecerse. Pacotillas se revela contra las aspiraciones de sus compañeros. ¡Qué vulgares sois! —exclama con desdén. “Os desprecio y al mismo tiempo os envidio: os satisfacen los espectáculos vulgares, no os harta la diaria monotonía, no os tortura, como a mí, la sed de lo extraordinario y de lo grande; en vuestra piel de paquidermo no hace mella el contacto de la realidad” (p. 21):

¡Qué bien representáis a la generación anémica, a la generación escuálida, a la generación sin aliento ni ideales de que formamos parte! No nos parecemos ni a la seria juventud de hace diez años, ni a la esforzada y entusiasta de hace treinta; no saldrán de entre nosotros héroes como los que produjo ésta, ni siquiera hombres de ciencia como los que dió aquélla (p. 22).

La generación que Pacotillas trata con tanto desdén, es la creadora del positivismo. Él y sus compañeros se habían educado en la ciencia positiva; pero ésta, a la postre, había resultado vacía de ideales, hueca de propósitos superiores y había degenerado en un vil instrumento para satisfacer ambiciones de riqueza y conquistar posiciones políticas. La ciencia positiva no había sido capaz de crear héroes ni verdaderos hombres de ciencia, sino sólo tipos como el Chango, el Patillitas y el Santa-Anna, ambiciosos de clientela adinerada, de fortuna fácil y de curules gananciosas. La enseñanza de la ciencia positiva había empobrecido tanto de ideales a su generación, y había creado aquel medio estudiantil tan corrompido, que Pacotillas llega a renegar de esa ciencia.

He amado a la ciencia con la intensidad, con la violencia, con la fiebre que pongo en todas mis inclinaciones; hoy me parece hueca, me parece

vacía, hoy la encuentro incapaz de satisfacer el corazón o la inteligencia, y por eso me fastidia (p. 23).

Ciencia que no satisfacía las más nobles esperanzas de libertad que latían en su corazón desde niño, que no servía para alentar ese mismo ideal de libertad acariciado por su inteligencia, que sólo estimulaba los apetitos de riqueza y las ambiciones de la política, era la que el positivismo ofrecía a los jóvenes y que acabó por fastidiar a espíritus superiores como el de Pacotillas. Un carácter como el suyo, torturado por la "sed de lo extraordinario y de lo grande", no podía adaptarse a ese ritmo monótono y vulgar de vida estudiantil; un ser como el suyo, alimentado con el ideal del héroe y de la libertad que inspiró a nuestros hombres de la Independencia y la Reforma, no podía encajar en una generación como la suya, empaçada de miseria. Hablar de ideales, de héroes, de sabios, de libertad a esta generación, era pasar por un desequilibrado, por un estafalario. Por eso, cuando Pacotillas expuso sus ideas, Patillitas pudo cuchichear a su compañero el Chango: "déjenle hablar y aun déne cuerda"; "yo tengo el mal gusto de divertirme con las paradojas de este loco, cuyas circunvoluciones cerebrales han de estar más enmarañadas que las tripas de un pollo" (p. 23). Por amar el ideal, por no ajustar su carácter a la inmundicia de aquel medio estudiantil, Pacotillas aparece como un loco, como un inadaptado; pero, justamente por ser un inadaptado, Pacotillas alcanza la estatura de un reformador de la vida estudiantil de su tiempo. No adaptando su carácter, como lo hicieron sus condiscípulos, vence aquella circunstancia corrompida y se convierte en símbolo de todo esfuerzo ansioso de alcanzar el ideal de una vida estudiantil más digna. Un inadaptado que siente asco

de todo cuanto es corrupción de la dignidad estudiantil, un inadaptado inconforme con el medio viciado que le tocó vivir, lucha por transformarlo en otro superior. Ese es el rasgo ontológico que define a Pacotillas como estudiante, eso es lo que caracteriza a su ser como universitario.

4. *Periodista inadaptado*.—El periodismo es otra de las situaciones sociales en donde Pacotillas se tropieza con el mismo dilema. El periodismo gobiernista, adulator y servil, es el primero que le sale al paso. El general Juan López, con *La Bandera del Progreso*, representa este tipo de periodismo. Su programa como director se contenía en esta declaración: “soy amigo del Gobierno, y deseo que mi periódico no sea un obstáculo al desarrollo de la política actual, sino que en cuanto sea posible, la favorezca”. El general había concebido esta publicación como un medio para aumentar su importancia política, multiplicar sus relaciones, redondear sus negocios, beneficiarse con una subvención ministerial y otras de algunos gobernadores, y, además, con una lista crecida de suscriptores. Para que su periódico resultara barato, había formado el cuerpo de redacción con “muchachos de talento sin recursos y ansiosos de darse a conocer, a los que con una gratificación cualquiera” les hacía llenar todo el periódico, y con “poetas inéditos, que son capaces de pagar porque les publiquen los suspiros rimados que dirigen a sus novias”. Unos cuantos “duros semanarios”, una “promesa lisonjera”, una “palmadita cariñosa”, una “protesta de amistad” y, en caso extremo, una “copa liberalmente ofrecida, o un puro”, bastaban, en opinión del general, para que su cuerpo de redactores llenara de elogios a la administración del gobierno.

Pacotillas y sus compañeros Juan Robles y Pedro Torres fueron invitados a formar parte del impúdico cuerpo de redactores de *La Bandera del Progreso*. Desde los primeros diálogos entre los tres estudiantes y el general, surge el gran abismo que separa a Pacotillas de sus dos amigos. En tanto que éstos ven en el general un “robusto Mecenas”, que les brinda la oportunidad de aliviar su miseria y de encumbrarse en la política, aquél descubre, tras del “esmerado traje del general”, al logrero que trata de explotar el talento de sus amigos y el suyo propio. Mientras sus amigos se adaptan al espíritu servil del periódico, aceptando escribir las más bajas adulaciones y las más rastreras lisonjas a los “próceres” de la política que subvencionan el periódico, él no se adapta al ambiente corrompido del periódico, que se le revela como un pantano de servilismo. Pacotillas quiere ejercer el periodismo con decoro. Por eso, cuando el general López pregunta a los tres jóvenes cómo van a desempeñar su comisión, Robles y Torres declaran estar dispuestos a someter sus escritos a la censura del general; en cambio, Pacotillas responde: “para desempeñar una comisión literaria no hay más que dos modos de escribir: el bueno y el malo; aunque no soy capaz de ello, me esforzaré en hacerlo de la primera manera”. Y, luego, echando una mirada a sus “pantalones raídos por abajo”, a sus “botines cubiertos de polvo”, a “su corbata mal puesta” y a su “chaleco no bien abrochado”, añade sin titubeos: si nuestro director trata de someternos a una especie de censura previa, “me tomo la libertad de decirle que no paso por ello. Soy tan enemigo de la opresión, que por eso calzo tan feo; hasta los botines me gustan holgados” (p. 128).

Otro tipo de periodismo, el que vive de la difamación y del escándalo, le sale también al encuentro, po-

rrible disyuntiva de la libertad o el bienestar, del palo o del pan; pero, a partir de este instante, empieza a desenvolverse la vida heroica de Pacotillas; su ser, hecho para la libertad, va a ser sometido a las más duras pruebas. Si la sociedad porfírica, regida por el bienestar, hostiliza a su ser, a su libertad, él se refugia en su carácter inadaptado que lo acoge hogareñamente; la adaptación a esa sociedad va a ser la astucia ontológica que Pacotillas despliegue para conservar limpia su libertad, su mexicanidad.

3. *Estudiante inadaptado.*—La primera situación social, donde este dilema se le hace patente, es en su propia vida estudiantil. Mientras sus condiscípulos el Chango, Patillitas y Santa-Anna estiman que las aulas deben prepararlos para el bienestar, Pacotillas piensa que su finalidad es formar hombres “torturados” por la “sed de lo extraordinario y de lo grande”. Esto es, en tanto sus compañeros de estudio se adaptan fácilmente al medio estudiantil de su época, movido por propósitos utilitarios, Pacotillas se niega a aceptarlo. Una tarde, después de desertar de las aulas de la Facultad de Medicina y de vagar por las principales calles de México, él y sus tres compañeros se reúnen en el bar *La Unión de los Amigos*, y se entregan a meditar sobre su suerte como futuros profesionales. Pacotillas inicia la conversación. Recapacitemos, dice, “definamos lo que somos, lo que queremos y a qué aspiramos; no hacerlo así, se me figura un proceder necio, pues si el hombre no ha de meditar sobre su suerte alguna vez, más le valiera ponerse a andar en cuatro patas” (p. 21). Iniciada la conversación, cada uno dice lo que ambiciona. El Chango sueña en llegar a ser el médico de cabecera de un señor ministro que lo haga diputado. Patillitas aspira

niendo a prueba su carácter. Gregorio Hernández, periodista de este género, reúne un día a Pacotillas en el Café de la Bella Unión, y entre humos de cigarro y tragos de ginebra, trata de convencerlo de que debe escribir en su periódico. Usted, le dice, “tiene talento, estilo vigoroso y vivo”, y como ha recibido “muchos golpes, ha de escribir de un modo que arda, que duela, que levante ampollas, que saque sangre. Usted ha de levantar mi periódico, yo he dado ya muchos palos y se me ha cansado el brazo. Usted vendrá de refuerzo”. Decídase, “salga de esa tristeza que le abrumba, de ese abatimiento que le mata”; no sea tonto, haga lo que yo, “trate a latigazos a esta sociedad miserable”; impóngase “por el temor que cause, por las amenazas que lance”. En México, “las gentes gustan del escándalo, de la calumnia, de la diatriba”. Anuncie un artículo “prometiéndole no dejar títere con cabeza, desnudar al mundo entero y azotarlo en pleno zócalo; hable usted de las rapiñas de A., de la inmundicia glotonera de B., de la asquerosa lujuria de C., y verá usted cómo tiene lectores de sobra, y verá usted cómo le pagan a peso de oro lo que escriba y hasta lo que no escriba, ¡vaya! pues cualquiera que tenga sus trapicheos, procurará pagar a cualquier precio el silencio de usted; desengáñese, amiguito, las gentes nacieron para el mal, y cuando no tienen el placer de hacerlo, quieren tener, por lo menos, el gusto de pensar en él o de oír hablar de él” (p. 337).

El carácter de Pacotillas no era para adaptarse tampoco al espíritu corrompido de este periódico. Los argumentos de ese cínico detractor de la sociedad le hicieron sentir repugnancia. Era imposible consentir en hacer de la “difamación, de la diatriba y del escándalo, medios de subsistencia”, que aceptara a cambio

de unos cuantos pesos, pasar por un “ladrón de honras”, por un “mancillador de reputaciones”, por un “rufián de la pluma”, por un “miserable, a quien le dan un palo cuando habla y un duro cuando se calla”. Una vez más, su condición de inadaptado se afirma frente al periodista que trata de corromper su ser. “Mucho siento, le contesta, que no podamos estar conformes; yo tengo altísima idea de la misión del escritor, las ideas han de guiar su pluma, en ellas se ha de inspirar haciendo abstracción de las personas” (p. 335).

5. *El político inadaptado.*—En la política se revela con más evidencia el terrible dilema que la historia plantea a Pacotillas. Por una parte, su ser se haya frente a la política movida por el bienestar, la que practican el general López, el Ministro de Estado y el Chango. Es la política preocupada por el afán de subir, por el afán de poder, por el afán de escalar los más elevados puestos; es la política que convierte al ciudadano en servil, adulador, descastado, arribista, aventurero, acomodaticio, hipócrita, ladrón; es la política al servicio del fraude, del cohecho, del soborno, de canongías, prerrogativas, arterías, contratos gananciosos y maquinaciones tenebrosas. Es la política utilizada por el general López para posar durante quince años en una cómoda curul de la Cámara de Diputados, representando unas veces a un distrito y otras a otro, así como también para conseguir una subvención del Estado en favor de su periódico *La Bandera del Progreso*. Es la política, cuyo secreto de éxito, el propio general resumía en esta sencilla fórmula: “estar siempre con la mayoría, votar a todo trance con el gobierno, y ser partido con los amigos, quiere decir, ayudarlos en sus negocios conforme a aquello de *hoy por ti mañana por*

mi" (p. 106). Es la política que había permitido al Chango dar de baja a sus pobres vestidos de colegial, disfrutar de algunas canongías en el Municipio, elevarse hasta el codiciado puesto de Secretario Particular de un Ministro de Estado y consumir un matrimonio ventajoso con la hija del millonario Flores. Por otra parte, su mismo ser se encuentra en presencia de una política inspirada en la libertad, la que hacía don Marcos Sepúlveda desde las columnas de su periódico *El Independiente*. Es la política que se "vuelca sobre el interés público", que "vigila la conducta del gobernante que quiere convertirse en tirano, del militar que trata de ser instrumento de la tiranía y del sacerdote que funge como enemigo de las luces". Es la política que lucha porque la "libertad y los ideales democráticos", conquistados por el pueblo, sigan viviendo en una sociedad que los ha postergado, pisoteado, befado y escarnecido con su indiferencia. Es la política por la que don Marcos había sido encarcelado por Santa-Anna, desterrado por Félix Zuloaga y a punto de ser fusilado por Miramón.

Entre estos dos tipos de política, Pacotillas elige la que sirve a la causa de la libertad y de los ideales democráticos. Acepta el puesto de "boletinista" que don Marcos le ofrece en su periódico; puesto que casi siempre había vacantes, ya porque el encargado se pasaba con armas y bagaje al enemigo, dejándose sobornar por algún empleo; o bien debido a que dimitía por miedo a ser procesado. Desde este puesto emprende una campaña en contra de un *contrato de terrenos* celebrado por el gobierno, que resultaba muy oneroso para el país, que lesionaba los intereses públicos y sólo beneficiaba a unos cuantos particulares. Un Ministro de Estado, responsable directo del contrato, se siente lasti-

mado por esta campaña, y para acabar con ella, pone en juego los procedimientos de corrupción usados por los políticos profesionales de la época. Se manda al agente Manuel Chávez, viejo amigo de don Marcos, en busca de un arreglo; pero todo resulta inútil, pues cuando se le pide que su periódico no siga tratando tan enojoso asunto porque se compromete, don Marcos, cuyo ser está hecho para la libertad, contesta: “estoy hecho a disputar con los poderosos y a censurarlos, no temo sus iras ni sus persecuciones, estoy habituado a ellas, me han encarcelado varias veces, he estado a punto de ser fusilado y me he sostenido sin temor; cambiar ahora de conducta, sería tanto como quebrantar el ayuno a los tres cuartos para las doce, como decía mi tía la monja” (p. 429). Rechazada toda posibilidad de arreglo con don Marcos, se pretende sobornar a Pacotillas, autor de aquellos “boletines”. Se hace que el Secretario Particular del Ministro, el Chango, el viejo discípulo, trate de sobornarlo. Va en su busca, lo invita a comer, halaga su amor propio, lisonjea su vanidad, evoca los recuerdos del colegio, le hace creer que se interesa por su porvenir, que desea abrirle camino y contribuir a que brille su inteligencia; pero Pacotillas, hecho de la misma arcilla moral que don Marcos, no se deja seducir por los halagos y ofertas de su falso amigo. Por eso, cuando éste le ofrece proporcionar recursos para fundar su periódico propio y conseguirle una pensión para fomentar sus estudios, a cambio de separarse de *El Independiente*, o por lo menos, a cambio de no seguir tratando en sus “boletines” lo del contrato, Pacotillas sabe contestar: “yo no escribo ni dejo de escribir por encargo de nadie; lo que trato, y la manera de tratarlo, me lo sugiere únicamente el interés público”. Y cuando su mismo discípulo le advierte que si sigue impugnan-

do el contrato lo perseguirá criminalmente, Pacotillas se atreve a dar esta respuesta: "De lo que creo mi deber no me apartan ni las promesas ni las amenazas" (p. 492). Y en verdad que Pacotillas supo mantenerse fiel a lo que creía su deber. Ni la promesa ni la amenaza fueron capaces de domesticar su independencia casi salvaje. Su condiscípulo le ofreció el "pan", que había de corromper su libertad; pero él prefirió el "palo", que había de mantenerlo puro. Como siguió impugnando el contrato, se le demanda por difamar, injuriar y calumniar en sus boletines al Ministro de Estado. A la demanda siguió el proceso, y luego, la cárcel. Poco después, debido a las malas condiciones de la prisión, contrae el tifo y muere. Era la política del bienestar que acababa de triunfar sobre la política de la libertad. Era el éxito alcanzado por aquella "política inexorable" que, según el Chango, "arma al hermano contra el hermano y al padre contra el hijo" (p. 539).

6. *Amante inadaptado.*—Hasta en el amor encuentra Pacotillas el dilema de la época. Su unión con Amalia está inspirada en la libertad, y es más pura, más verdadera, más noble que las uniones del Chango con Rosa la millonaria y del general López con Mercedes la tapatía, que nacieron bajo el impulso del bienestar. La unión del Chango con Rosa se funda en la conveniencia de la riqueza, pues se casa con ella por ser hija y heredera del millonario don Librado Flores y Flores; Rosa lo acepta porque su futuro marido, con más instrucción, astucia y maña para los negocios y la política que su padre, llegará a ganar más millones; don Librado consiente en el matrimonio, porque andando a caza de varios contratos productivos, aquilata la utilidad de su futuro yerno, a la sazón Secretario Particular

de un Ministro de Estado, para facilitarle el arreglo de los más ricos negocios. Este matrimonio, no obstante haberse ajustado a las legalidades del registro civil y eclesiástico exigidas por la sociedad, acaba por fracasar disolviéndose entre insultos, mordiscos, pellizcos y araños.

La unión del general López con Mercedes se funda en un convenio mercenario. Aquél, hombre de sesenta años y poseedor de las tres eses, siendo, como era, feo, fuerte y formal, atendería a las necesidades de Mercedes; ésta, hermosa mujer de treinta años, pero en la miseria y sin entrantes y salientes en su alcoba, había de serle complaciente y fiel, imponiéndose el envilecimiento de convertirse en prenda alquilada un rato por la noche. El general no faltó nunca a su palabra, siempre fué correcto y amable, obsequiándola frecuentemente con donativos extraordinarios; Mercedes, en cambio, acabó por engañar al general, enredándose con un estudiante. El general, después de sorprender a Mercedes con su amante, hace que tres rufianes den a éste una paliza y a ella la echa de la casa como si fuera perra sarnosa.

Muy distinta es la unión de Pacotillas con Amalia; no están unidos por un contrato mercenario, ni por un matrimonio de conveniencia, ni por ninguno de los vínculos que tienen en la sociedad nombre definido, sino por el "amor libre", por el "amor puro", que "siempre salva", según el decir del propio Pacotillas. El infortunio comenzó a unirlos; su primera declaración surgió en el instante en que ambos se quedaron huérfanos, solos en el mundo, con la desgracia por única compañía. En medio de esta desventura, Pacotillas confiesa su amor a Amalia. "El infortunio te ha

unido a mí. Desde que te vi me inspiraste un afecto que no he sentido por nadie, y que no sé cómo llamar. . . ; hoy, no sólo eres tú para mí lo que más quiero, sino lo único que de veras quiero; tú llenas mi vida, tú pueblas mi soledad; no sé qué nombre dar al afecto que me inspiras. Si el amor, de que se habla tanto, es así, yo lo siento y lo pongo a tus pies: ¿aceptas?" (p. 83). Y luego añade: "No te mortifique lo que te digo; yo no tengo más que a ti en el mundo, y seré muy feliz uniéndome contigo para siempre; tú, por desgracia, estás tan sola como yo. ¡Ah! somos demasiado libres, somos más dueños de nosotros de lo que quisiéramos, y tal vez más de lo que nos convendría. Ya ves, tienes que resolver por ti misma." Cuando, después de esta declaración, Amalia contesta que lo ama tanto como "quería a su madre", los dos jóvenes enamorados no necesitan más para unir sus vidas y sus destinos. Su "recta conciencia" los hizo considerarse desde ese momento como verdaderos esposos, importándoles poco "que faltara tal o cual ceremonia, que, por solemne que hubiera sido, no habría aumentado ni la grandeza del afecto ni la indisolubilidad del vínculo" (p. 87). Y este amor libre, alimentado con la pura savia del corazón, se mantuvo indestructible hasta el final. Nada pudo enturbiarlo. Ni la falta de riqueza, ni la falta de una ceremonia religiosa, ni la falta de un contrato civil ni las murmuraciones de esa sociedad timorata, escandalizada de que dos jóvenes pudieran amarse fuera del código civil y de la bendición de un sacerdote.

7. *Pacotillas y el positivismo.*—¿Por qué Pacotillas no se adaptó a la vida estudiantil, periodística, política y sentimental de su época? ¿Por qué es un inadaptado?

¿Acaso porque era un ser inferior? ¿Por ventura porque era un ser superior?

Parra nos ofrece en su novela una primera explicación al “por qué” de esta manera de ser de Pacotillas; se funda en el positivismo, la doctrina filosófica del autor. Ya desde la dedicatoria a don Enrique Creel, su “camarada en la alegre infancia” y su “amigo en la ardiente juventud”, se advierte esta intención positivista, pues declara que su novela está destinada a bosquejar “un carácter que no pudo adaptarse al medio social y que sucumbió a la postre en la lucha inexorable, a pesar de estar dotado de algunas estimables prendas”.

Esta intención queda comprobada en el último capítulo de la novela, cuando Parra pone en boca de un estudiante positivista sus propias convicciones filosóficas:

La muerte es el mejor desenlace del drama de Pacotillas. No estaba armado para la lucha por la vida, y, conforme a la selección natural, estaba fatalmente condenado a desaparecer; así sucede, no sólo en la sociedad, sino en todo el reino orgánico; los seres que no se adaptan al medio, sucumben. Francisco, considerado así, era un ser inferior; en la fábrica de sus nervios había muchas imperfecciones; llevaba en la sangre, en la organización, tendencias hereditarias, predisposiciones debidas al atavismo, que hubieran acabado por desequilibrar su cerebro, llevándole al manicomio. Su mamá murió, a lo que parece, de eclampsia; él tuvo convulsiones en la primera infancia; en el cráneo llevaba algunos estigmas de degeneración, y tal juicio está plenamente comprobado por sus rarezas de carácter, su misantropía, su insomnio habitual, su afición al café, al pronto y raro afecto que le producían las bebidas alcohólicas. En una palabra, Pacotillas era, como dicen los autores, un candidato a la locura.

Y esto, continúa diciendo el estudiante, “no soy yo quien lo afirma, sino la ciencia”. No se pueden negar “las grandes leyes, formuladas por Darwin, en que yo fundó mi parecer; el reino animal está allí para demostrar que la organización domina a la función, y que la organización superior avasalla a la inferior”. Sólo los metafísicos, “hombres de lo absoluto, de la abstracción,

de los juicios *a priori*, desconocen la naturaleza, y niegan la organización" (pp. 546-7-8).

El positivismo, como se puede apreciar, explicaba la manera de ser de un tipo de mexicano como Pacotillas, amante de la libertad, por el principio darwinista de la "selección natural" y de la "herencia". Pacotillas, pues, era un *inadaptado*, porque su "organización" ontológica era "insuficiente"; porque había en la constitución de su ser "muchas imperfecciones"; porque era un "ser inferior", un "ser insuficiente". En la imperfección, en la inferioridad, en la insuficiencia de su constitución ontológica estaba la "razón de su ser" *inadaptado*.

Aceptar esta explicación, llevaría a una inversión de la estimativa ontológica de los personajes que actúan en la novela. Los compañeros de Pacotillas, Santa-Anna y Patillitas, que supieron adaptarse tan fácilmente al medio de su época, resultarían dotados de una organización ontológica superior a él. El general López y el periodista Hernández, serían también ontológicamente superiores a don Marcos; Mercedes, la amante del propio general, y Rosa, la esposa desgraciada del Chango, superiores a Amalia, la dulce y fiel compañera de Pacotillas. El Chango, justamente el extremo ontológico opuesto a Pacotillas, servil, adulador, descastado, sin escrúpulos, que lo mismo sirve para un soborno, para un cohecho, que para una consigna; sediento de poder y con una gran flexibilidad para adaptarse al mismo medio social en el que sucumbió Pacotillas; resultaría la más perfecta y acabada organización ontológica del mexicano de esta época, sería el mexicano por excelencia.

*Pacotillas y la metafísica.*—Por fortuna, Parra ofrece en su novela otra explicación al "por qué" de la manera

de ser de Pacotillas; la llama con desdén metafísica, y la pone en boca de don Marcos, un viejo liberal, formado en las lecturas de Montesquieu, Rousseau, Voltaire, Castelar, Victor Hugo, Pelletán, Lamartine y otros. Don Marcos, que dialoga con el estudiante positivista, opone a su tesis estos argumentos:

Es usted muy material, amigo mío, ¡me pasma usted! ¿Conque Téllez es un ser inferior?, pues mire usted que yo le tengo por hombre superior, por un genio; ya se ve, yo no mido a los hombres por sus dientes, ni por sus mandíbulas, ni por sus garras, sino por sus facultades, por sus dotes. Usted mide con un cartabón muy estrecho; conforme a su criterio, los grandes bienhechores de la humanidad, los poetas inspirados, los sabios que arrancan a la naturaleza sus secretos, los padres de los pueblos, los libertadores de las naciones, no son más que unos pobres peleles, unos seres raquíticos, inferiores y degenerados, destinados a desaparecer y a ser hollados en la lucha; puede que tenga usted razón: Jesús hubiera sido vencido por Milón de Crotona; Francisco de Asís, por el jabalí de las Ardenas; Rabelais, por Gargantúa, y el cura Hidalgo por el gigante Salmorón. ¡Cuánto me complace no ser de la opinión de usted! Nosotros los metafísicos, no desconocemos “la naturaleza” ni negamos la “organización”. Admitimos la miseria pero estimamos más el espíritu que la vence y la rige; ya lo dijeron los antiguos: *Mens agitat molem*; entre el bruto y el hombre reconocemos la superioridad del último; y al hombre que come, preferimos el hombre que piensa. ¡Usted dispense el mal gusto! (p. 547-8).

Para don Marcos, Pacotillas es un *inadaptado*, no porque sea un “ser inferior”, sino justamente por lo contrario, porque es un “hombre superior”, “casi” un “genio”. Si sucumbe, si no se adapta, no es porque en la constitución de su ser haya “muchas imperfecciones”, no es porque su organización ontológica sea la de un insuficiente, sino porque la sociedad mezquina de su tiempo no era digna de poseerlo. En esa sociedad caída y rebajada, triste y menguada, sólo las medianías encontraban horizontes y sitio amplio. Los caracteres extraordinarios, los genios, los mexicanos superiores, como Pacotillas, estaban condenados a sucumbir asfixiados por la densa atmósfera de vulgaridad y de

bajeza que los rodeaba. “¡Entre los pigmeos —exclaman don Marcos— los gigantes están de más!”

Para don Marcos, un mexicano, como Pacotillas, que no se adapta a su medio social, no es un ser inferior, no es un ser insuficiente. Lo que lo hace *inadaptado* es, por una parte, el concebir su propio ser como libertad, y, por otra, el vivir en una sociedad que trata de corromper con sus vicios esa libertad. Sin ir muy lejos, dice don Marcos, en mi época se habrían brindado a Pacotillas “amplios y luminosos senderos, en la prensa hubiera sido un Zarco, en la tribuna un Altamirano; sus conciudadanos se hubieran fijado en él, y sacándolo de la oscuridad, lo habrían encumbrado a elevados puestos, en que sus dotes hicieran el bien del país, llenándole a él de gloria. Pero le tocó vivir en esta triste y menguada época, y ¿qué alcanzó? Una existencia de penalidades, malevolencias y miserias, y, por remate, una prisión sombría y una muerte oscura” (p. 546).

Tan convencido está don Marcos de que son los vicios de la sociedad los que degradan el ser, la libertad, la mexicanidad de Pacotillas, que pide una reforma de la sociedad de su tiempo. No pide esta reforma al gobierno, formado por hombres corrompidos, sino al pueblo. “¿En dónde está el pueblo? ¿No lo emancipó la sangre de nuestros héroes, no lo ilustró la inteligencia de nuestros pensadores, ni lo animó ni lo galvanizó la voz de nuestros tribunales? . . . ¿En dónde está siquiera el pueblo mexicano del 61” (p. 513). ¿Cómo puede este pueblo “respirar tan a sus anchas y pavonearse tan alegremente, cuando no hay garantías individuales, cuando cualquiera, por la suspicacia de un poderoso, puede ser arrancado a su hogar y a sus afectos, despoja-

do de su libertad y confinado en sombría cárcel . . . ?” (p. 512).

Esta tesis que Parra pone en boca de don Marcos es, en el fondo, una autorrefutación de su credo positivista; a través de don Marcos devora sus propias convicciones positivistas; pero al negar su positivismo, salva al personaje central de su novela, salva a Pacotillas, y con él, salva al verdadero ser del mexicano, salva la libertad, que es la esencia de la mexicanidad. De esta manera, Pacotillas se salva también de ser un mexicano de tantos, un mexicano Don Nadie, para elevarse a la categoría de un paradigma de la mexicanidad. Pacotillas es el mexicano auténtico, el mexicano genuino, que concibe su ser como libertad, que identifica su libertad con su mexicanidad y que, precisamente por concebirse así, no se adapta a una sociedad en donde la libertad se ha postergado, en donde sus conciudadanos la han olvidado a cambio de un bienestar, de un pesebre donde hartar las satisfacciones materiales. Pacotillas es un inadaptado, como inadaptados fueron aquellos mexicanos que, concibiéndose como seres para la libertad, hicieron esfuerzos heroicos por transformar la sociedad viciada de la colonia en un México independiente. Pacotillas es un inadaptado, como inadaptados fueron los mexicanos que en nombre de la libertad, lucharon heroicamente por separar la Iglesia del Estado. Pacotillas es un inadaptado, como inadaptados fueron los pocos mexicanos que durante la época porfirista, prefirieron el “palo” al “pan”, la “libertad” al “bienestar”, al precio de la cárcel, del destierro o de la muerte. Pacotillas es un inadaptado, como inadaptados fueron los mexicanos que en 1910 se decidieron a destruir el Porfiriato. El inadaptado es una manera de ser revolucionario. Es una forma de luchar

en contra de una sociedad organizada sobre bases injustas. El mexicano auténtico, ha de seguir siendo aquél que, como Pacotillas, conciba su ser como libertad, identifique su libertad con su mexicanidad y no se adapte a una sociedad que es mala distribuidora de la justicia humana, que es mala repartidora de los bienes públicos, que, mientras harta a unos cuantos mexicanos, mata de hambre a las mayorías.

## NOTAS

<sup>1</sup> Porfirio Parra.—*Nuevo sistema de lógica inductiva y deductiva*. Tomos I y II. México: Tipografía Económica, 1903.

<sup>2</sup> Porfirio Parra.—“La ciencia en México”, en *México. Su evolución social*. Primer Tomo, segundo volumen. México: J. Balleescá y Compañía, Sucesor, 1902.

<sup>3</sup> Porfirio Parra.—*Sociología de la Reforma*. México: Empresas Editoriales, 1948.

<sup>4</sup> Porfirio Parra.—*Pacotillas*. Novela mexicana. Barcelona: Tipolitografía de Salvat e Hijo, 1900.

<sup>5</sup> Ver Salvador Álvarez.—*Revista Positiva*.—Nº 28.—marzo 26, 1903.

<sup>6</sup> Carlos Pereyra.—*Revista Positiva*.—Nº 29.—abril 23, 1903.

<sup>7</sup> Leopoldo Zea.—*El positivismo en México* (Primer Tomo, 1943) y *Apogeo y decadencia del positivismo en México* (Segundo Tomo, 1944.—El Colegio de México).

<sup>8</sup> Porfirio Parra llama en su novela a este dilema del “palo y del pan” (p. 446).

<sup>9</sup> Daniel Cosío Villegas lo llama el dilema “entre la libertad y el bienestar”.—*Extremos de América*. Tezontle, 1949, p. 123.

<sup>10</sup> Explica Parra en su novela que el apodo de Pacotillas, “con que sus compañeros le designaban, no procedía de defecto físico o singularidad moral; provenía sencillamente de que llamándose Francisco Téllez, sus compañeros comenzaron a decirle Paco Téllez, y más tarde les pareció más chusco hacer de los dos vocablos uno solo, y este fué Pacotillas” (p. 11).